



MÁRTIRES DE LA CONCIENCIA

CRISTIANOS FRENTE AL JURAMENTO A HITLER

JOSÉ M. GARCÍA PELEGRÍN

JOSÉ M. GARCÍA PELEGRÍN

MÁRTIRES DE LA CONCIENCIA

CRISTIANOS FRENTE AL JURAMENTO A HITLER

ARGUMENTOS PARA EL
SIGLO XXI



Colección: Argumentos para el siglo XXI
Director de la colección: Emilio Chuvieco
© Autor: José M. García Pelegrín
© Digital Reasons, 2021

www.digitalreasons.es

info@digitalreasons.es

Antonio Cumella, 16- 28030 Madrid (España)

Ficha bibliográfica: García Pelegrín, José M. 2021; *Mártires de la conciencia*. Madrid: Digital Reasons.

Diseño de cubierta e interior: Enrique Chuvieco. (Portada: por cortesía de la distribuidora Pandora Film)

ISBN: 978-84-121984-8-5

Depósito Legal: Depósito M-10036-2021

Impresión: Publicep. El papel utilizado en la impresión de este libro tiene certificación ambiental FSC y está libre de cloro. Los residuos de la producción se gestionan por empresas certificadas ambientalmente.

Impreso en España

Las afirmaciones incluidas en el libro son responsabilidad exclusiva del autor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

ÍNDICE

1. Introducción	11
2. Reconocimiento publico de los objetores de conciencia después de la Guerra	19
3. Franz Jägerstätter (1907 – 1943)	33
3.1 St. Radegund	35
3.2 La región del Innviertel y el nacionalsocialismo.....	40
3.3 Franz Jägerstätter en la Wehrmacht	44
3.4 Incompatibilidad entre cristianismo y nacionalsocialismo	49
3.5 Un encuentro con el obispo.....	52
3.6 Incorporación a filas. Objeción de conciencia	55
3.7 La sentencia: pena de muerte	59
3.8 Anulación de la condena	64
4. Wilhelm Glessner (1918–1940)	67
5. Alfred Andreas Heiss (1904–1945)	75
5.1 Primeros años en Triebenreuth	75
5.2 En Berlín	77
5.3 Denuncia.....	80
5.4 En el campo de concentración Columbia.....	85
5.5 Negativa a vestir uniforme con la cruz gamada	88
5.6 Reconocimiento póstumo	89
6. Wilhelm Paul Kempa (1906–1940)	93
7. Michael Lerpcher (1905 – 1940)	99
7.1 Infancia y juventud en Wilhalms	99
7.2 La «Sociedad de Cristo Rey»	102

7.3	Cuatro años en Austria	105
7.4	Llamada a filas y proceso	106
8.	Josef Mayr-Nusser (1910–1945)	109
8.1	Una carta inesperada	109
8.2	Tirol del Sur, de Austria a Italia	111
8.3	Actividad profesional y servicio militar; la Sociedad de San Vicente de Paúl.....	113
8.4	El Acuerdo de Opción de Tirol del Sur y el «Andreas- Hofer-Bund».....	116
8.5	Matrimonio con Hildegard Straub	120
8.6	Llamada a filas; negativa a prestar el juramento a Hitler.....	121
8.7	Prisión en Konitz, sentencia de muerte en Danzig.....	126
8.8	Testimonios sobre Josef Mayr-Nusser.....	127
8.9	Beatificación por la Iglesia católica	129
9.	Franz Reinisch (1903 – 1942)	131
9.1	Un sacerdote que se negó a prestar el juramento a Hitler.....	131
9.2	Orígenes y vocación al sacerdocio	132
9.3	Primeros encontronazos con la Gestapo	135
9.4	El juramento a Hitler.....	139
9.5	Las razones de un no: ¿cuáles fueron los motivos que fundamentaron su decisión?	140
9.6	Proceso y condena a muerte	143
9.7	Anulación de la condena y proceso de canonización	146
10.	Richard Reitsamer (1901–1944).....	149
10.1	Orden de alistamiento en el ejército alemán	150
10.2	Condena a muerte.....	152
11.	Josef Ruf (1905 – 1940).....	157
11.1	Influencia de Mons. Sproll	157
11.2	Ingreso en la orden franciscana; salida e ingreso en la Sociedad de Cristo Rey.....	159

11.3 Llamada a filas; negativa a prestar el juramento y sentencia de muerte	161
11.4 Recuperación de su memoria	163
12. Ernst Volkmann (1902–1941)	167
12.1 La «anexión» de Austria por la Alemania nazi.....	167
12.2 Sentencia de muerte y últimas horas de vida	171
12.3 Testimonios y reconocimiento póstumo.....	172
13. Epílogo	177
14. Bibliografía.....	179

PRÓLOGO

Hace ahora quince años, en 2006, publicaba *La Rosa Blanca*. Los estudiantes que se alzaron contra Hitler con su única arma: la palabra. Me movió a hacerlo el interés por dar a conocer a los lectores de lengua española un movimiento estudiantil que osó plantar cara al nazismo. Poco antes se había estrenado *Sophie Scholl – Los últimos días* (2004); aunque la película es muy fiel a los hechos, pensé que podría ampliar los conocimientos que transmitía, aportando el trasfondo, las bases humanísticas y religiosas que marcaron a dicho grupo estudiantil.

En 2011, salía a la luz *Cristianos contra Hitler. La apasionante historia de seis personas que se opusieron al nazismo*, en la que ampliaba el estudio sobre la resistencia alemana al nazismo con biografías breves de seis figuras señeras: el cardenal Clemens August von Galen (1878-1946), denominado el *León de Münster* por sus homilías contra el nazismo y especialmente contra el programa de eutanasia nazi; Wilm Hosenfeld (1895-1952), el oficial

de la Wehrmacht que salvó la vida al músico Władysław Szpilman, y a quien Roman Polański dio a conocer a un amplio público, si bien muy someramente, en *El pianista* (2002); Franz Jägerstätter (1907-1943), que acababa de ser beatificado por la Iglesia católica poco antes (2007), Karl Leisner (1915-1945), el único sacerdote ordenado en un campo de concentración, en Dachau. En este libro trataba también de Helmuth James von Moltke (1907-1945), quien organizó un grupo de resistencia en Kreisau, con personalidades de gran altura intelectual y políticos de renombre. Por último, Irena Sendler (1910-2008), la enfermera polaca que salvó, con sus propias manos, a más 2.500 niños judíos del gueto de Varsovia.

En el tercer libro sobre las relaciones entre cristianos y el nazismo, «La Iglesia y el nacionalsocialismo. Cristianos ante un movimiento neopagano» (2015), traté algunas cuestiones por así decir más abstractas o teóricas, en parte controvertidas: las diferentes posturas de la jerarquía alemana frente al nazismo, el Concordato de 1933 o la encíclica *Mit brennender Sorge* («Con viva preocupación») de Pío XI del 14 de marzo de 1937, así como una cuestión esclarecedora: la distribución del voto al partido NSDAP en las últimas elecciones libres de julio de 1932 en relación con la confesión religiosa, que permite concluir que si alguien no encumbró a Hitler al poder, esos fueron los católicos. Sin embargo, también aquí me refería a personas concretas, por supuesto a Pío XII, pero asimismo a sacerdotes perseguidos por el nazismo y a otros católicos que destacaron en la resistencia contra esta ideología neopagana.

Cuando —tras el estreno de la película *Vida oculta* (A Hidden Life, 2019) de Terrence Malick— la editorial Digital Reasons me solicitó estudiar si, además del campesino austríaco Franz Jägerstätter, había habido otras

personas que se negaron a prestar el juramento a Hitler, se ofrecía la posibilidad de investigar un modo de resistencia al nazismo que —salvo alguna excepción, como Franz Jägerstätter o el padre palotino Franz Reinisch— sigue siendo prácticamente desconocido a la opinión pública, incluso en Alemania.

Después de varios meses de investigación, conseguí reunir documentación sobre casi una veintena de objetores en la época nazi. Con el fin de no superar unos ciertos límites, seleccioné a diez personas, fundamentalmente dependiendo de que exista sobre ellos suficiente material escrito y gráfico. Sin embargo, la información disponible difiere bastante de uno a otro; la documentación sobre aquellos que han sido beatificados o están en vías de beatificación es mucho más extensa que sobre otros, lo cual se refleja también en la amplitud de los diferentes capítulos de este libro. Teniendo en cuenta que Franz Jägerstätter es el más conocido, le dedico el primer apartado; los demás, seguirán por orden alfabético. Cuando estaba ya en una fase avanzada de redacción, Helmut Kurz publicó la primera obra monográfica sobre esta cuestión, que aún pude consultar para cotejar algunos datos y rellenar algunas lagunas; a ella me referiré aquí en repetidas ocasiones.

Para el autor, este libro ha supuesto un viaje apasionante a un mundo hasta ahora para él prácticamente ignoto, en el que ha encontrado a personas que, en su gran mayoría, vivieron una vida «oculta», pero que supieron ser fieles a su conciencia, aunque en ello les fuera la vida. Al lector deseo ese mismo apasionante itinerario hacia una época pasada, de la mano de personas cuyos principios aún hoy siguen vigentes.

1. INTRODUCCIÓN

La película *Vida oculta* (*A Hidden Life*, 2019) dio a conocer al beato Franz Jägerstätter a un amplio público; aunque la Iglesia católica le había beatificado varios años antes —en octubre de 2007—, hasta entonces su biografía apenas había trascendido el ámbito católico.

En dicho filme, el guionista y director Terrence Malick muestra la lucha interior de Franz Jägerstätter, un sencillo campesino que —plenamente convencido de la incompatibilidad entre el nazismo y el cristianismo— toma en conciencia la decisión de negarse a prestar el juramento a Hitler, pese a las reticencias de los habitantes de su pueblo y a las consecuencias que ello acarrearía. Sobre la respuesta personal a la cuestión que le llevaría al martirio han dejado constancia los escritos del propio Jägerstätter, que recoge Georg Bergmann (1988) en su extensa biografía del campesino austriaco. Bergmann reproduce también los escritos de Franz Jägerstätter, en 40 folios sueltos y tres cuadernos, a los que se vienen a añadir sus cartas, ade-

más de una especie de tratado amplio con el título *Was ein Christ wissen soll* (Lo que debe saber un cristiano). Franz Jägerstätter fue condenado a muerte por el delito denominado *Zersetzung der Wehrkraft* o *Wehrkraftzersetzung* (actos que socavan la fuerza de defensa). Dicho supuesto penal fue introducido por un Reglamento del 17 de agosto de 1938, que entró en vigor el 26 de agosto de 1939; es decir, tan solo unos días antes de comenzar la Segunda Guerra Mundial, pues en el Código Penal Militar vigente hasta entonces, de 1872 —reformado en 1934 y 1935— no existía tal delito, sino que el rechazo a prestar el servicio de armas se subsumía en el de «deserción», y la negación a prestar el juramento se trataba como «desobediencia militar». El reglamento fue publicado en el *Diario Oficial del Reich* de 1939; lo reproduce Garbe (1995, pág. 87 y 214).



Fotograma de la película Vida oculta de Terrence Malick: Franz Jägerstätter (August Diehl) con su esposa Franziska, «Fani» (Valerie Pachner). Foto: Pandora Film.

Sin embargo, Franz Jägerstätter no fue el único que se negó a prestar el juramento a Hitler. En agosto de 2019, en el periódico de la diócesis de Linz, Josef Wallner preguntaba: «¿Cuántos Franz Jägerstätter hubo?». Wallner remite a la historiadora Annette Mertens, quien —entre los 18,3 millones de hombres que formaron parte de la Wehrmacht— identificó a exactamente 14 católicos que se negaron a entrar en el ejército, así como a cuatro miembros de la iglesia evangélica. Aunque también Detlef Garbe ofrece un resumen de las personas que, por motivos de su fe, objetaron y fueron condenados a muerte, no existía hasta ahora una monografía dedicada exclusivamente a dichas personas, si bien tanto el martirologio alemán como el austriaco del siglo XX han ido incluyendo, en sus sucesivas ediciones, a muchos de ellos.

Esta laguna la viene a llenar ahora Helmut Kurz con un extenso libro de 320 páginas en las que recoge 22 biografías de objetores y en el que, respecto a Mertens y Garbe, eleva el número de los que rechazaron el juramento a Hitler a nueve cristianos evangélicos y a 20 católicos. Sus investigaciones corroboran que fueron sobre todo los Testigos de Jehová —debido a su rechazo generalizado al servicio militar— los que se negaron a seguir el llamamiento a filas en la Wehrmacht. De 1939 a 1945: entre los condenados por este supuesto se encontraban 494 Testigos de Jehová, frente a otras 103 personas de diferentes confesiones religiosas, dictándose sentencias de muerte contra 337 Testigos de Jehová y 56 de otras confesiones (de las que se ejecutaron 282 y 51, respectivamente). En este contexto, resulta significativo que en algunas sentencias con las que se condenó a muerte a católicos —Michael Lerpscher, Josef Ruf, Franz Jägerstätter, Wilhelm Paul Kempa— no solo se indique como supuesto penal el ya mencionado de «actos que socavan

la fuerza de defensa», sino que se añada entre paréntesis la denominación *Bibelforscher* (*Estudiante de la Biblia*). Esta denominación hace referencia a una comunidad religiosa surgida en Estados Unidos en el siglo XIX, a partir del Adventismo. Los Testigos de Jehová son una rama escindida (en el denominado «Tercer Cisma», entre 1928 y 1931) de los Estudiantes de la Biblia.

La divergencia entre las cifras que aportan Mertens y Garbe, por un lado, y Kurz, por el otro, se debe a que este cuenta también a quienes, por un motivo u otro, no fueron ejecutados a pesar de haber sido condenados a muerte: Ernst Friedrich y Theodor Roller, entre los evangélicos; Siegfried Dapunt y Paolo Mischi —de ellos hablaremos en el capítulo dedicado a Richard Reitsamer—, Bernhard y su hermano Josef Fleischer, Bargil Pixner y Vinzenz Schaller, entre los católicos. Además la diferencia estriba también en que Helmut Kurz añade dos «anónimos» que se negaron a entrar en la SS; uno se llamaba Gustav G.; el otro, era un «campesino desconocido de los Sudetes», así como otros dos —Alfred Geier y Gustav Tafel— que fueron ejecutados por desertores el 7 de febrero de 1945, pero que solo se dieron a conocer por un artículo publicado en el *Schwäbisches Tagblatt* el 7 de febrero de 2020.

Ahora bien, Helmut Kurz advierte que su balance solo puede ser provisional pues resulta prácticamente imposible calcular el número de objetores, no solo por haberse perdido muchos documentos, sino también porque no se han evaluado aún las actas de los múltiples tribunales de guerra que existieron en diversas unidades. Además, de algunos no se conocen los nombres, como es el caso de los dos «jóvenes anónimos» que fueron ejecutados por negarse a entrar en las SS, a los que se hizo referencia en

el párrafo anterior.

A diferencia de los Testigos de Jehová, debido a su oposición en general a todo servicio de armas, para los objetores católicos y evangélicos el motivo principal para dicho rechazo fue la negativa no solo a formar parte del ejército de un régimen que consideraban incompatible con su fe, sino concretamente a prestar el juramento a la persona del *Führer*. La fórmula utilizada en la jura hasta 1934 — «Juro por Dios este sagrado juramento, que serviré siempre fiel y cabalmente a mi pueblo y mi Patria y que como soldado valiente y obediente estaré dispuesto a dar mi vida en todo momento por este juramento»— fue modificada tras la muerte del Presidente del Reich, Paul von Hindenburg, a los 86 años, el 2 de agosto de 1934; ya el día anterior había entrado en vigor una ley que unificaba el cargo de Presidente del Reich —y con este, también el de comandante en jefe de la Wehrmacht— con el del Canciller, en la persona de Hitler. Ahora, la fórmula decía: «Juro por Dios este sagrado juramento, que prestaré obediencia incondicional al Führer del Reich y Pueblo Alemán, Adolf Hitler, jefe supremo de la Wehrmacht, y que como soldado valiente y obediente estaré dispuesto a dar mi vida en todo momento por este juramento». Precisamente ese culto a la persona era lo que rechazaban.

Los objetores fueron, incluso dentro de los que practicaron más o menos resistencia dentro de la Wehrmacht, una minoría muy exigua. Entre estos, el fenómeno más extendido fue la desertión; en un artículo de 2011, publicado en el semanario político *Der Spiegel*, Markus Deggerich, cifraba en unos 30.000 los desertores del Ejército alemán durante la Guerra. Meinrad Pichler, en un estudio sobre la resistencia y la persecución nazi en la región austríaca de Vorarlberg menciona en este contexto también «la postura de aquellos soldados que, mediante sa-

botaje, desobediencia de órdenes, o mediante la dilación o elusión de las instrucciones, se opusieron al sistema de la violencia, salvaron vidas humanas o, al menos, se comportaron decentemente frente a la población civil en los territorios ocupados» (Pichler, pág. 6 y ss.).

Los pocos que se negaron a prestar el juramento y a formar parte de la Wehrmacht, tomaron esta decisión prácticamente en soledad, salvo alguna excepción como la de Franz Jägerstätter y la de Josef Mayr-Nusser, que siempre contaron con el apoyo de sus esposas, Franziska y Hildegard respectivamente. En contraposición a los Testigos de Jehová, que podían contar con el respaldo de su propia comunidad, los cristianos católicos y evangélicos no tuvieron el soporte de sus jerarquías; en muchas ocasiones estas incluso condenaron tal decisión expresamente. Detlef Garbe (1995, pág. 93-94) refiere el caso de un protestante que, buscando orientación, se dirigió al Consejo de la Iglesia Confesora de Hessen-Nassau en octubre de 1937; este respondió que «el rechazo del servicio de armas no puede fundamentarse ni en las Escrituras ni en el Credo».

En su libro anteriormente mencionado, Helmut Kurz dedica un capítulo a la postura de la Iglesia católica durante la Segunda Guerra Mundial (Sobre las relaciones entre la Iglesia católica y el nacionalsocialismo en general se puede consultar también: García Pelegrín 2015). Después de recordar la doctrina referente a la «guerra justa», se refiere al «dilema de los obispos católicos» que, por un lado, sabían que la guerra no era justa, pero que —siguiendo la doctrina paulina— llamaban a la obediencia frente a la autoridad y al cumplimiento de las obligaciones civiles, sobre todo teniendo en cuenta la lucha contra el bolchevismo que suponía la guerra de Alemania contra la Unión Soviética, por lo que la objeción de conciencia,

en la Segunda Guerra Mundial «no fue un tema» para la Iglesia católica. Sin embargo, Kurz olvida que la Iglesia católica había celebrado un concordato con el Reich; en el Artículo 27 de este se regulaba la atención pastoral militar: difícilmente podía la Iglesia prestar atención religiosa a los soldados, por un lado, y llamar a la objeción de conciencia, por otro. En este contexto resultan significativas las afirmaciones de Max-Josef Metzger, un pacifista convencido y contrario al régimen nazi: ya en 1933, dirigió un escrito a los miembros de la *Sociedad de Cristo Rey*, por él fundada:

A quien considere la objeción al servicio militar como un medio eficaz para combatir la guerra y a quien se niegue a responder a la obligación de prestar el servicio militar por motivos de conciencia, se le reconocerá la libertad de su conciencia. La Sociedad ha rechazado tomar expresamente postura al respecto y deja a sus miembros la libertad de su decisión personal en conciencia (cit. por Kurz, pág. 176).

2. RECONOCIMIENTO PUBLICO DE LOS OBJETORES DE CONCIENCIA DESPUÉS DE LA GUERRA

Los objetores de conciencia en la Segunda Guerra Mundial no solo se encontraron prácticamente solos en el momento de tomar esa decisión, sino que pasaron en gran parte inadvertidos en vida —de ahí que el título del filme de Terrence Malick *Vida oculta*, resulte especialmente acertado— y, la mayor parte de ellos, aún hoy son únicamente conocidos en ámbitos muy restringidos.

En los años inmediatos tras la finalización de la Guerra, Alemania estaba ocupada en eliminar las ruinas a las que la ideología y los delirios de grandeza del «cabo de la Primera Guerra Mundial» había dejado reducido el país, además de realizar el inmenso esfuerzo de acoger a los millones de refugiados que habían sido expulsados de los territorios que dejaron de pertenecer a Alemania. Por su parte, los Aliados se conformaron con condenar a los principales criminales de guerra en los llamados Procesos

de Núremberg (20 de noviembre de 1945 al 14 de abril de 1949). Con el resto de la población aplicaron las leyes de «desnazificación» que, en la práctica —al menos en muchos casos— se redujeron a la presentación de lo que la vox populi denominó «certificados Persil» (la alusión al conocido detergente lo dice todo: se trataba de blanquear el pasado). De este modo, muchos antiguos nazis pasaron a ocupar importantes puestos en diferentes ámbitos de la vida social, y también de la administración pública y la política.

Esto permitió, por ejemplo, que médicos que habían participado en los programas nacionalsocialistas de eutanasia o en experimentos con seres humanos en campos de concentración siguieran trabajando después de la Guerra como médicos, incluso en puestos de responsabilidad. Dos ejemplos entre muchos: Walter Kaldewey (1896-1954) participó como perito y colaboró en la redacción de una nueva ley de eutanasia, si bien esta no entró en vigor, en el programa conocido como «T4» (el nombre se debe a que la central se encontraba en la berlinesa Tiergartenstrasse 4, donde hoy una exposición en vitrinas al aire libre recuerda este execrable crimen). Prisionero de guerra entre 1945 y 1948, fue «desnazificado». Después trabajó como psiquiatra en Bremen, donde también actuó como perito en cuestiones de pensiones e indemnizaciones. Wilhelm Beiglböck (1905-1963) participó en experimentación humana en el campo de Dachau. Después de la guerra fue uno de los acusados en el «proceso contra médicos» de Núremberg (1946-1947). La condena de 15 años fue reducida a 10, y tan solo cuatro años después puesto en libertad el 15 de diciembre de 1951. A continuación, trabajó como Director, hasta su muerte en 1963, en el Departamento de Medicina Interna del Hospital de Buxtehude. La Wikipedia alemana recoge

una amplia lista de médicos que participaron en acciones criminales durante el nazismo.

En cuanto a la continuidad de jueces que, en Tribunales de Guerra, pronunciaron sentencias de muerte por el supuesto que se aplicaba para desertores u objetores, Claudia Bade —que cifra su número en unos 30.000, de los cuales fueron ejecutados unos 20.000— ha estudiado el caso de Karl Lau, durante la guerra juez en el tribunal de guerra de la División 410 z.b.V. en Hamburgo, y que después de 1945 obtuvo un puesto como juez en el Tribunal Regional de Hamburgo, y el de Otto Wöhrmann, que llegó a ser presidente de Sala en el Tribunal Regional de Celle; el procedimiento que se incoó contra ellos fue sobreseído en 1961 (cfr. Bade).

Los mismos Aliados, más que perseguir a nazis se preocuparon por la caza de cerebros. Bien conocido es que, sin Wernher von Braun, quien durante la Guerra se había dedicado a desarrollar en Pennemünde las famosas «armas secretas» de Hitler (los misiles V2 y V4), la historia de las misiones espaciales de la NASA habría sido muy diferente, por no mencionar a los antiguos oficiales de las SS que pasaron a formar parte de los servicios secretos de los Aliados, un oscuro capítulo poco conocido. En octubre de 2014, varios diarios de lengua alemana —desde *Der Spiegel* al *Neue Zürcher Zeitung*, pasando por *Die Zeit*—, haciéndose eco de un artículo publicado en el *New York Times* tras la desclasificación de expedientes, informaban de que la CIA, tras la Guerra, reclutó a más de 1.000 nazis, entre ellos oficiales de las SS, a los que prometió a cambio impunidad por sus crímenes de guerra. La Unión Soviética, por su parte, desmanteló industrias de la zona soviética —en la que a partir de 1949 se instalaría la República Democrática Alemana— para

llevarlas a su territorio.

Tras la constitución —en 1949— de la República Federal de Alemania, en el Oeste, y de la República Democrática Alemana, en el Este, la recuperación económica ocupó la principal atención: el «milagro económico» en la Alemania occidental —frente a la colectivización en la oriental— y un nuevo Estado del bienestar favoreció la mentalidad del «mirar hacia delante». Resulta significativo lo que escriben los autores de la entrada sobre Wilhelm Glessner en el martirologio alemán del siglo XX:

Que la postura de Glessner aún haya despertado relativamente poco respeto y reconocimiento en su patria está relacionado también con el hecho de que su muerte, para muchos de los que participaron en la guerra criminal que desencadenaron los nacionalsocialistas, supone un profundo desafío.

Que hubiera habido personas que, aún a riesgo de perder la vida, se habían opuesto al nazismo no despertaba, en muchos, precisamente buenos recuerdos.

A este respecto, la «Central Federal de Formación Política» señala:

El reconocimiento de la resistencia contra el nacionalsocialismo en la Alemania de la posguerra tuvo que recorrer un largo camino. No todas las formas y las acciones de la resistencia fueron aceptadas; muchas de ellas estuvieron fuertemente controvertidas o incluso siguieron siendo completamente desconocidas. En el período inmediato de la posguerra, en las zonas occidentales, la resistencia al nacionalsocialismo —con pocas excepciones— fue considerada negativamente por una sociedad que todavía estaba directamente influida por el régi-

men nazi. Durante mucho tiempo, las acciones de la resistencia fueron consideradas como una traición.

Superaría en mucho los límites de este libro referirnos, aun someramente, a los hechos más destacados de la historia alemana desde el término de la Segunda Guerra Mundial que también influyeron en la percepción de la resistencia contra el nazismo entre la población alemana: desde el juicio a Adolf Eichmann (1961), los «procesos de Auschwitz» (1963-1968) y la «revolución» de 1968 —que, a diferencia de otros países, no solo fue una revuelta estudiantil, sino que también conllevaba el reproche de una generación a sus padres, a los que acusaba de connivencia con el nazismo—, pasando por el terrorismo de la *Rote Armee Fraktion* RAF en los años setenta y ochenta (el último asesinato lo perpetraron en abril de 1991), así como las protestas contra las centrales atómicas y contra la «Doble Decisión» de la OTAN en la década de 1980; es decir, el estacionamiento de los misiles Pershing II en Europa, que causaría la «crisis de los misiles» a comienzo de los años ochenta: en 1983, y en el contexto de las maniobras de la OTAN denominadas «Abe Archer», se produciría el incidente considerado como el más cercano a una guerra nuclear desde la crisis de Cuba de 1962. Dichas protestas se alimentaron desde la denominada *Außerparlamentarische Opposition* APO («oposición extraparlamentaria»), que en parte llevaría a la fundación del partido *Los Verdes*. Después vendría la caída del Muro de Berlín en la noche del 9 al 10 de noviembre de 1989 y la unificación de las «dos Alemanias» en octubre de 1990, que por supuesto también influyó en el modo de calificar el propio pasado.

En el cambio de percepción frente a la resistencia han tenido asimismo una notable importancia el cine y la televisión: ya en 1955, Falk Harnack —miembro él mismo

de la resistencia al nazismo; tanto su hermano Arvid como la esposa de este, Mildred, fueron detenidos y ejecutados en diciembre de 1942— rodó *Der 20 Juli* (El 20 de julio); ese mismo año, el célebre director Georg Wilhelm Pabst presentó su película *Sucedió el 20 de julio*. En 1971, Franz Peter Wirth estrenó la obra de docu-ficción *Operación Val-*



Claus Schenk von Stauffenberg (izqda.), autor material del atentado contra Hitler el 20 de julio de 1944, con Albrecht Mertz von Quirnheim, otro de los conjurados de la resistencia militar.

Foto: Gedenkstätte Deutscher Widerstand.

kiria. En 1982, *La Rosa Blanca* de Michael Verhoeven fue la película de mayor audiencia en Alemania. *La lista de Schindler* (1993) de Steven Spielberg, *El pianista* (2002) de Roman Polanski o *Stauffenberg* (2004), dirigida por Jo Baier con Sebastian Koch en el papel del artífice del atentado contra Hitler, y la internacionalmente más célebre *Operación Valkiria* (2008) de Bryan Singer, en el que Tom Cruise representa a Stauffenberg, influyeron tanto en la opinión pública como *Sophie Scholl – Los últimos días* (2004) y *13 minutos para matar a Hitler* (2015), ambas con guión de Fred Breinersdorfer.

Ahora bien, el cambio de percepción; es decir, el reconocimiento que fueron adquiriendo entre la población con el paso del tiempo aquellos que se opusieron al nazismo varía también en gran medida de uno a otro tipo o grupo de resistencia. Por ejemplo, la denominada «Orquesta Roja» —a la que pertenecía el antes mencionado Arvid Harnack— es-

tuvo durante decenios bajo la sospecha de haber sido una célula comunista, una avanzadilla de Moscú. Y solo a partir de la década de 1990 gozan por fin de reconocimiento aquellas personas que ayudaron a sobrevivir la Guerra, escondidos, a más de 5.000 judíos en Alemania (entre ellos, 1.700 en Berlín). Actualmente, la exposición permanente denominada *Stille Helden* (Héroes silenciosos) les rinde homenaje en el Espacio conmemorativo de la Resistencia Alemana.

Por el contrario, uno de los grupos que pronto fueron reconocidos es el de la Rosa Blanca o los Hermanos Scholl: ya en 1955, Inge Scholl publica un libro sobre dicho grupo de estudiantes; incluso ya antes comenzaron a denominarse calles y plazas, y sobre todo escuelas, *Geschwister Scholl* (Hermanos Scholl, refiriéndose a Hans y Sophie). Durante mucho tiempo —y también esto es sintomático— ambos conceptos se emplearon prácticamente como sinónimos. (Cfr. García Pelegrín, 2006). Con todo, la mayor parte de las publicaciones sobre este grupo de resistencia al nazismo aparecerían en la década de 1980, coincidiendo con la película *La Rosa Blanca* de Michael Verhoeven (1982), a la que antes nos referimos, y la constitución de la *Fundación Rosa Blanca* en 1987. E incluso la obra magna sobre este grupo —la tesis doctoral de Barbara Schüller— no aparecerá hasta el año 2000. En este contexto es de destacar la beatificación por la Iglesia ortodoxa-rusa del único miembro de este grupo de dicha confesión, Alexander Schmorell, en 2012.

También la «resistencia militar» que organizó el atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944 —llevado a cabo por el coronel Claus Schenk von Stauffenberg dentro de la denominada *operación Valkiria*—, tuvo que superar las reticencias de quienes consideraron dicho atentado como un acto de traición. Al respecto, la Central

Federal de Formación Política recuerda que la primera piedra para el monumento que actualmente se encuentra en el patio interior del Bendlerblock de Berlín —que hoy en día alberga el Espacio conmemorativo de la Resistencia Alemana, antes mencionado— se puso, en 1952, a resultas de una acción privada iniciada por Luise Olbricht, la viuda de uno de los fusilados el 20 de julio, el general Friedrich Olbricht, y no por el Estado. Y aunque desde entonces se conmemora allí cada año el 20 de julio, solo a partir de la década de 1980 cambió la opinión sobre ellos en amplias capas de la población.

En ese mismo documento, la Central Federal de Formación Política recoge unas cifras que desde la perspectiva actual pueden resultar sorprendentes: en 1951, solo el 40 por ciento de los encuestados juzgaban positivamente a los «hombres del 20 de julio». En una encuesta de 1970 esa cifra seguía siendo similar: el 39 por ciento (si bien ya solo el 7 por ciento los rechazaban, en comparación con el 30 por ciento en 1951; además había aumentado considerablemente el número de personas que no sabían nada de lo sucedido el 20 de julio de 1944: el 37 por ciento, frente al 11 por ciento en 1951). Habría que esperar hasta 2004 para que una encuesta representativa entre la población alemana arrojara como resultado un juicio mayoritariamente positivo sobre el atentado del 20 de julio de 1944.

En este contexto no sorprende demasiado que aquellos que se negaron a prestar el juramento a Hitler permanecieran durante mucho tiempo «ocultos» a la opinión pública o que tuvieran que soportar la fama de «cobardes, innobles y traidores» y que la opinión sobre ellos solo cambiara prácticamente durante la última década del siglo XX. El primer acto conmemorativo sobre Franz Jägerstätter tuvo lugar en 1987, coinci-

diendo con el 80° aniversario de su nacimiento, y hasta 1963, el Obispo de la diócesis de Linz no permitió que se publicara ningún artículo sobre él en el semanario diocesano (Maislinger, pág. 22). Como veremos en el capítulo dedicado a Alfred Heiss, aunque ya en agosto de 1945 —siguiendo instrucciones de la Conferencia episcopal de recopilar los ataques que había sufrido la Iglesia por parte del nazismo— el párroco de la ciudad natal de Heiss envió una nota sobre él al obispado de Bamberg, esto no tuvo consecuencias y habría de esperar hasta 1987 para que se publicara dicha nota. Aún hoy siguen siendo en parte «signo de contradicción». En relación con la beatificación de Josef Mayr-Nusser, Josef Innerhofer reproduce unas pintadas sobre las hojas con la oración para la beatificación, que aparecieron en una iglesia de Tirol del Sur: «No a una religión con tales santos» o «El juramento de las SS no se dio en ningún arma del ejército» (Innerhofer 2016, pág. 172). El mismo autor reproduce asimismo algún testimonio negativo en el proceso de beatificación, por ejemplo: «Nosotros soportamos las penalidades de la guerra; él se zafó de ella. Además, dejó abandonada a su familia a su suerte. En realidad fue un chiflado» (Innerhofer 2016, pág. 174).

El cambio de percepción se produjo en tres niveles: jurídico, religioso y en una acción cívico-artística que recupera su memoria. Desde el punto de vista jurídico, el primer paso fue una sentencia del Tribunal Federal de lo Social del 11 de septiembre de 1991, que reconoció la pensión de superviviente a la viuda de un desertor de la Wehrmacht ejecutado. A raíz de esta sentencia, el 25 de agosto de 1998 se aprobó la *Ley de derogación de las sentencias injustas nacionalsocialistas en el marco del Derecho Penal*, en la que se decía: «Con esta Ley quedan

derogadas decisiones penales condenatorias que, quebrantando las más elementales ideas de la justicia, fueron dictadas después del 30 de enero de 1933 por motivos políticos, militares, racistas, religiosos o ideológicos para imponer o mantener el ilegítimo régimen nacionalsocialista». Solo entonces, los desertores y objetores de conciencia pasaron a ser considerados como vícti-



«Piedra de tropiezo» conmemorativa de Alfred Andreas Heiss, delante del número 3 de la calle Georg-Wilhelm-Str. de Berlín. Foto: José M. García Pelegrín.

mas del régimen nazi, si bien incluso antes de que se promulgara esta ley ya se habían derogado algunas sentencias de muerte, como la de Franz Jägerstätter, por parte del Tribunal Regional de Berlín en 1997.

En un segundo plano, la mayoría de los católicos entre ellos fueron incluidos en el *Martirologio alemán del siglo XX* o bien en el «martirologio austríaco» en su primera edición de 1999, o fueron integrándose en ediciones posteriores.

Algunos de ellos han sido además elevados a los altares: Franz Jägerstätter fue beatificado en la catedral de Linz el 26 de octubre de 2007; Josef Mayr-Nusser, en la catedral de Bolzano el 18 de marzo de 2017. El proceso del padre palotino Franz Reinisch se encuentra en una fase avanzada: tras incoarse por orden del Obispo de Tréveris el 28 de mayo de 2013, la fase diocesana concluyó con

una ceremonia solemne el 28 de junio de 2019. En el caso de Josef Ruf, el movimiento *Pax Christi* solicitó en el otoño de 2015 a la diócesis de Rottenburg-Stuttgart que se iniciara su proceso de beatificación.

Un tercer tipo de reconocimiento procede de un proyecto asimismo de la década de 1990: en 1992, el artista Gunter Demnig comenzó a colocar pequeñas placas conmemorativas (de 96 x 96 milímetros, con una altura de 100 milímetros) en recuerdo de las personas perseguidas por los nazis, muchos de ellos judíos deportados y asesinados en campos de exterminio. Las denominó *Stolpersteine* («piedras de tropiezo») porque van incrustadas en el suelo de la acera, delante de la casa donde vivió la persona en cuestión, e «invitan» a tropezarse con ellas (el 29 de diciembre de 2019 se colocó la pieza de tropiezo número 75.000).

Pero, ¿quiénes fueron esas personas, esos hombres, que pagaron con su vida el hecho de seguir el dictado de su conciencia? Al margen de Franz Jägerstätter y quizá de Franz Reinisch, padre palotino y estrecho colaborador del fundador de Schönstatt, Josef Kentenich, la mayoría de ellos son únicamente conocidos —aún hoy en día— en un ámbito geográficamente reducido. Por ejemplo, Josef Mayr-Nusser goza de cierta celebridad en Tirol del Sur (Alto Adige en italiano, Südtirol en alemán), pues fue delegado de las Juventudes Católicas en Bolzano. También de Tirol del Sur procedía Richard Reitsamer quien, como Mayr-Nusser, fue llamado a filas a la Wehrmacht, contraviniendo el Derecho Internacional Público, pues ambos poseían la nacionalidad italiana. Michael Lerpscher y Josef Ruf formaban parte de la Sociedad de Cristo Rey, fundada por el sacerdote católico Max-Josef Metzger, condenado a muerte por el juez Roland Freisler —el mismo que, por ejemplo, condenó a muerte a los estudiantes de la Rosa Blanca— en

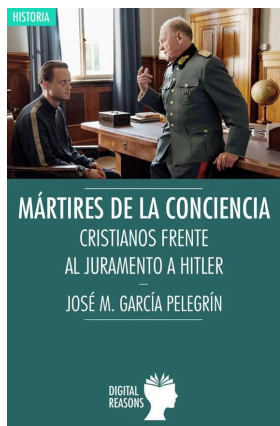
1943. El proceso de beatificación de Metzger se clausuró a nivel diocesano en 2015. Tanto en Berlín como en Brandenburgo/Havel, la ciudad en cuya cárcel fue ejecutado, y en otras varias ciudades hay calles y plazas que llevan su nombre; no así, sin embargo, los de Michael Lerpcher y Josef Ruf.

Como relata Terrence Malick en *Vida oculta*, Jägers-tätter no solo se caracterizó por el acto heroico de negarse a asentar a una ley del Estado por motivos de conciencia, sino también por el papel fundamental que en su vida desempeñó la familia, así como por el valor de un trabajo y una vida cotidiana desarrollados cara a Dios, rasgos estos imprescindibles para comprender la figura del campesino austríaco. Análogamente, casi todos ellos llevaron una vida sencilla, «oculta», y en ocasiones incluso desempeñaron trabajos modestos que apenas les daban para ganarse el sustento. Este es el caso, por ejemplo, de Andreas Heiss en Berlín o de Ernst Volkmann en Bregenz.

Prácticamente lo único que tuvieron en común las personas que aquí se tratan —y otros que se negaron a prestar el juramento a Hitler— fue la decisión de su conciencia que, en contraposición a los millones de soldados que formaron en la Wehrmacht, les llevó a tomar esa resolución y que Franz Reinisch expresó con las siguientes palabras:

Por mucho que examine mi conciencia, no puedo llegar a ninguna otra conclusión. Y contra mi conciencia —con la gracia de Dios— no puedo ni quiero actuar.

¿Quieres seguir leyendo?



Acabas de leer el prólogo, la introducción y el segundo capítulo de *Mártires de la conciencia*, de José M. García Pelegrín. El libro completo recoge las biografías de diez cristianos que se negaron a prestar el juramento a Hitler y fueron fieles a su conciencia aunque les fuera la vida.

Comprar el libro completo ›

bibliotecaonline.es/martires-de-la-conciencia

QUÉ ENCONTRARÁS EN EL LIBRO

- **Contexto.** La introducción y el reconocimiento público que recibieron los objetores de conciencia después de la guerra.
- **Franz Jägerstätter (1907-1943).** El campesino austriaco de *Vida oculta*: St. Radegund, la Wehrmacht, el encuentro con el obispo, la sentencia de muerte y la anulación de la condena.
- **Glessner, Heiss, Kempa y Lerpscher.** Wilhelm Glessner, Alfred Andreas Heiss, Wilhelm Paul Kempa y Michael Lerpscher, de la denuncia y el campo de concentración a la llamada a filas y el proceso.
- **Mayr-Nusser, Reinisch, Reitsamer, Ruf y Volkmann.** Josef Mayr-Nusser, beatificado; el sacerdote Franz Reinisch, con las razones de su no; Richard Reitsamer, Josef Ruf y Ernst Volkmann. Cierran el libro un epílogo y la bibliografía.

Escrito tras el estreno de Vida oculta, de Terrence Malick.

Digital Reasons

bibliotecaonline.es

pedidos@bibliotecaonline.es

ISBN (papel): 978-84-121984-8-5



Escanea para comprar